

Comentario al
texto bíblico

CRECIENDO
EN NUESTRA
RELACIÓN
CON DIOS

ARREPENTIMIENTO Y
PERDÓN

II TRIMESTRE - 2026

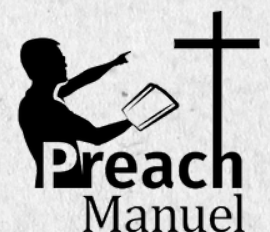
EL ARREPENTIMIENTO NACE DEL AMOR DE DIOS

Antes de analizar los textos bíblicos, es importante definir qué es realmente el arrepentimiento. Con frecuencia se confunde con sentimientos de culpa, remordimiento o tristeza por las consecuencias de nuestros errores. Sin embargo, la Biblia presenta un concepto mucho más profundo.

El arrepentimiento verdadero posee dos elementos inseparables. En primer lugar, es una **tristeza genuina por el pecado**. No se trata simplemente de lamentar los problemas que el pecado ha producido en nuestra vida, sino de sentir dolor al reconocer que nuestros pecados llevaron a Cristo a la cruz. Es una tristeza que proviene de Dios y que conduce a la vida.

Pero el arrepentimiento bíblico incluye algo más. Va acompañado de un **deseo sincero de abandonar el pecado**. Allí donde existe arrepentimiento auténtico, también existe una transformación del corazón. La persona ya no desea continuar en el mismo camino; ahora anhela apartarse de aquello que desagrada a Dios. “La tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación” (2 Corintios 7:10).

Por esta razón, no todo sentimiento de culpa constituye arrepentimiento. Muchas personas lamentan las consecuencias de sus acciones, pero si esas consecuencias desaparecieran, regresarían inmediatamente a la misma conducta.



EL ARREPENTIMIENTO NACE DEL AMOR DE DIOS

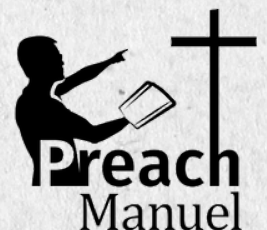
Eso no es arrepentimiento genuino. El verdadero arrepentimiento produce una nueva actitud hacia el pecado. Por la gracia de Cristo, aquello que antes parecía atractivo comienza a resultar odioso, y el creyente aprende a depender diariamente del Salvador para mantenerse apartado del mal.

Ahora bien, surge una pregunta fundamental: ¿cuál es el lugar del arrepentimiento dentro del plan de salvación? La respuesta bíblica es sorprendente. El arrepentimiento no es la causa del amor de Dios; más bien, es el resultado de haber contemplado ese amor.

La Escritura enseña que cuando una persona comprende la bondad, la fidelidad y el amor inalterable de Dios manifestados en Cristo, su corazón es atraído hacia Él. El arrepentimiento aparece como una consecuencia de esa revelación divina.

“¿O menosprecias las riquezas de su benignidad...? ¿Ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?” (Romanos 2:4).

Este principio se observa claramente en Isaías 61. Allí se presenta la misión del Mesías: sanar a los quebrantados, libertar a los cautivos y proclamar el año de la buena voluntad de Jehová. Posteriormente, el profeta declara: “Me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia” (Isaías 61:10).



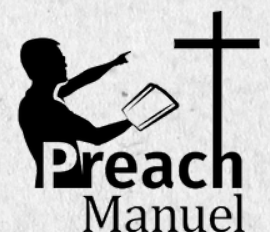
EL ARREPENTIMIENTO NACE DEL AMOR DE DIOS

El mensaje es extraordinario. Cristo vino como la demostración visible de la **buena voluntad del Padre hacia la humanidad**. Su vida, su ministerio y especialmente su sacrificio en la cruz revelan que en el corazón de Dios no había indiferencia ni rechazo hacia el mundo pecador, sino un amor eterno e inalterable.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Juan 3:16).

Cuando el pecador contempla esta realidad, comprende que Cristo es la evidencia suprema de la fidelidad divina. Dios entregó a su Hijo cuando aún éramos pecadores, cuando no le buscábamos y cuando éramos enemigos suyos. Esa revelación transforma el corazón. Entonces el alma exclama: **“¡Qué Dios tan bueno, qué Dios tan fiel, qué amor tan inmerecido!”**

Y precisamente allí comienza el arrepentimiento. Al contemplar el amor manifestado en la cruz, el pecador es atraído hacia Cristo. Reconoce la gravedad de su pecado, se duele por haber herido el corazón de Dios y, al mismo tiempo, recibe una nueva vida. El arrepentimiento no nace del temor, sino de la contemplación del amor divino. Comienza con la bondad de Dios y conduce al pie de la cruz, donde el corazón encuentra perdón, restauración y una nueva experiencia con Cristo.



UNA RESPUESTA AL AMOR REVELADO

El arrepentimiento no surge del miedo ni de los esfuerzos humanos por cambiar. La Biblia enseña que comienza cuando el ser humano contempla quién es Dios y descubre la profundidad de su amor. Al ver su fidelidad, su bondad y su amor inalterable manifestados en Cristo, el corazón es movido a responder.

Por eso el arrepentimiento es el resultado de una revelación divina. Dios toma la iniciativa, se da a conocer y muestra su carácter por medio de Jesucristo. Cuando una persona contempla esa realidad y no se resiste a ella, es atraída al pie de la cruz, donde reconoce su pecado y encuentra perdón.

“La benignidad de Dios te guía al arrepentimiento” (Romanos 2:4).

Esta verdad aparece de manera hermosa en el libro de Oseas. El profeta describe a un Dios que permite que su pueblo experimente las consecuencias de su alejamiento, pero que al mismo tiempo promete restaurarlo. “Él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará” (Oseas 6:1). La intención final de Dios nunca es destruir, sino sanar y devolver la vida.

El pasaje alcanza su punto culminante cuando declara: “Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará” (Oseas 6:2).



UNA RESPUESTA AL AMOR REVELADO

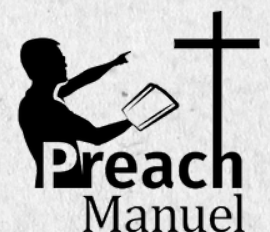
Aunque estas palabras fueron dirigidas al pueblo de Israel, encuentran su cumplimiento más profundo en Cristo. Él murió y resucitó al tercer día, convirtiéndose en el representante de toda la humanidad.

La resurrección de Jesús es la garantía de nuestra propia esperanza. En Él, Dios mostró de manera anticipada lo que hará con todos los que creen. Por eso el apóstol Pablo afirma que Dios “juntamente con él nos resucitó” (Efesios 2:6). La victoria de Cristo es la seguridad de la victoria futura de su pueblo.

Cuando comprendemos que Cristo tomó nuestra muerte y obtuvo para nosotros la vida eterna, la respuesta natural del corazón es la gratitud. Comenzamos a confiar en Dios porque descubrimos que sus promesas son verdaderas y que su amor es absolutamente digno de confianza.

Esta misma idea aparece en el discurso de Pedro después de la resurrección de Cristo. Al recordar que Dios cumplió todo lo que había anunciado por medio de los profetas acerca de los sufrimientos del Mesías, el apóstol hace un llamado directo:

“Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3:19).



UNA RESPUESTA AL AMOR REVELADO

Observa el orden. Primero aparece la fidelidad de Dios revelada en Cristo; después viene el llamado al arrepentimiento. El arrepentimiento no es la causa de la salvación, sino **la respuesta del corazón que ha sido conquistado por el amor divino**. Cuando cedemos ante la evidencia de la bondad de Dios, somos conducidos a Cristo, recibimos el perdón y experimentamos el refrigerio espiritual que solamente su presencia puede otorgar.

EL CARÁCTER DE DIOS: EL FUNDAMENTO DEL PACTO

Uno de los pasajes más extraordinarios de toda la Escritura se encuentra en Éxodo 34. Su importancia se aprecia mejor cuando recordamos lo que ocurrió poco antes.

El pueblo de Israel había sido liberado de Egipto por la mano poderosa de Dios y había establecido un pacto con Él al pie del Sinaí. Sin embargo, apenas unas semanas después, la nación cayó en una profunda apostasía al adorar un becerro de oro y atribuirle la liberación que Jehová había realizado.

Aquella rebelión significó mucho más que un simple acto de idolatría. Israel había quebrantado el pacto que había prometido guardar. Por eso, cuando Moisés descendió del monte y contempló la escena, rompió las tablas de piedra como una señal visible de que **el pacto había sido violado**. Humanamente hablando, el pueblo ya no podía esperar bendición alguna. Lo único que merecía era la condenación que el mismo pacto establecía para los transgresores.

Sin embargo, la historia toma un rumbo sorprendente.

“Alísate dos tablas de piedra como las primeras, y escribiré sobre esas tablas las palabras que estaban en las tablas primeras que quebraste” (Éxodo 34:1).



EL CARÁCTER DE DIOS: EL FUNDAMENTO DEL PACTO

En lugar de destruir a Israel, Dios toma la iniciativa de restaurar la relación. **El pueblo no ofrece nuevas promesas. El pueblo no negocia nuevas condiciones. El pueblo ni siquiera participa en el proceso.** Es Dios quien llama a Moisés y quien decide restablecer el pacto.

Aquí se revela una verdad fundamental del evangelio: **la salvación descansa en la fidelidad de Dios y no en las promesas humanas.** El fracaso de Israel no anuló el propósito divino. Detrás del pacto quebrantado en el Sinaí existía un pacto más antiguo, más profundo y más seguro: el pacto eterno de la gracia, establecido desde antes de la fundación del mundo.

Por eso, cuando Dios se presenta ante Moisés, no comienza hablando de las faltas de Israel. Comienza revelando su propio carácter. “¡Jehová! ¡Jehová! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad” (Éxodo 34:6).

Este es el fundamento de toda esperanza. **Dios mantiene sus promesas porque su carácter es inmutable.** Su misericordia no depende de nuestra constancia. Su fidelidad no fluctúa según nuestro comportamiento. Si la salvación dependiera de la capacidad humana para cumplir promesas, nadie podría permanecer en pie. Pero el pacto eterno descansa sobre la bondad, la misericordia y la fidelidad de Dios.



EL CARÁCTER DE DIOS: EL FUNDAMENTO DEL PACTO

Cuando comprendemos esta realidad, ocurre algo en el corazón. **La contemplación del carácter divino produce arrepentimiento.** Descubrimos que Dios es mejor de lo que imaginábamos, más paciente de lo que merecemos y más fiel de lo que podemos comprender.

Esta misma verdad aparece en la parábola de las bodas relatada por Jesús. Allí se describe a un rey que prepara una gran fiesta para su hijo y extiende una invitación a muchos. Algunos rechazan el llamado, mientras que otros aceptan entrar. Sin embargo, uno de los invitados aparece sin el vestido adecuado.

“Amigo, ¿cómo entraste aquí sin estar vestido de boda?”
(Mateo 22:12).

El vestido representa **la justicia de Cristo**, el único mérito capaz de sostenernos delante de Dios. No se trata de una justicia producida por esfuerzos humanos ni de una apariencia religiosa exterior. Es un regalo otorgado por el Salvador a quienes reciben por fe su obra redentora.

Por eso Elena de White escribe que únicamente el manto provisto por Cristo puede hacernos aptos para comparecer ante la presencia divina. Ese manto está tejido completamente por la gracia celestial; **no contiene un solo hilo de mérito humano.**

EL CARÁCTER DE DIOS: EL FUNDAMENTO DEL PACTO

La justicia de Cristo no es simplemente una cobertura que oculta el pecado. Es mucho más que eso. Cristo vivió una vida de perfecta obediencia, desarrolló un carácter perfecto y ahora lo ofrece a cada creyente arrepentido. Cuando recibimos ese don por la fe, su vida comienza a obrar en nosotros.

“Por su perfecta obediencia ha hecho posible que cada ser humano obedezca los mandamientos de Dios”.

Así, la justicia de Cristo no solamente nos declara aceptos delante de Dios, sino que también nos transforma. **El mismo Salvador que perdona es el Salvador que restaura.** El mismo Cristo que cubre nuestra culpa es el Cristo que escribe su ley en el corazón. Y cuando comprendemos la magnitud de ese amor, somos atraídos a Él, conducidos al arrepentimiento y transformados por su gracia.